

G. A. M.

Ansabere, primera invernal absoluta

POR MARCOS FELIU

La Aguja Norte de Ansabere está situada junto a la cumbre de Petrachema (2.366), a la misma altura y separada de ella por una brecha de 50 mts. de difícil acceso. La primera ascensión data de 1922 y ésta resultó trágica, pues los franceses que lo consiguieron, Armand Calame y Lucien Carrive, perecieron estrellados uno en la subida y el otro al descender. Posteriormente la cordada francesa Cames y Sarthou trazó otras dos vías clásicas desde la horquilla. En el año 1954 se logró vencer la cara N. E. de unos 3.300 mts., los artifices de esta hazaña fueron los famosos hermanos Ravier, constituyendo esta ascensión el mayor triunfo del pirineísmo en su fecha. Más tarde otras dos vías se trazaron por el gran corte de la vertiente de Lescum, una de ellas por los magníficos pirineístas zaragozanos J. A. Bescos y J. J. Díaz.

La ruta más sencilla, la vía Cames-Sarthou, es de una dificultad de quinto, osea bordeando el sexto grado, el límite de las posibilidades humanas en la escalada. Es por lo tanto la cumbre más difícil de todo el cresterío pirenaico. Y si bien en verano un escalador experto la sube en una hora, en invierno la ascensión cambia radicalmente, así como la marcha de aproximación. Los horarios se multiplican y el mal tiempo lo impide la mayor parte de las veces. Pues no hay que olvidar que la escalada invernal de Alta Montaña, es la máxima concepción del montañismo. Así que no es de extrañar que algunos intentos hechos en invierno a cargo de cordadas francesas y zaragozanas no hubieran alcanzado el éxito.

Este invierno un grupo de montañeros del C. D. Navarra, varios de ellos del G. A. M. Vasco-navarro, acordaron intentarlo cuántas veces fuese preciso para conseguir su ascensión. Al segundo intento se consiguió la victoria. Una gran victoria para el montañismo navarro.

EL PRIMER INTENTO

Fue el día 2 de enero cuando un grupo de montañeros del G.E.D.N.A. (Grupo de Escalada del Deportivo Navarra), se puso en marcha rumbo a Zuriza, transportando toda la pesada impedimenta necesaria para intentar la difícil empresa.

Formaban el grupo: Victorino Echaury, Pedro Feliú, Ignacio Tapia, Federico Vega y José M.^a Torradella. Este último iba provisto de un tomavistas dispuesto a filmar la subida de sus compañeros, y tomar luego «in situ» los pasos de la escalada, pues subiría con la segunda cordada si había tiempo para que pudiese subir toda la expedición.

Ese mismo día, aunque llevaban equipo de acampada, dada la hora en que les tomó la noche, pernoctaron en la cabaña de carabineros sita bajo la cumbre de Lapaquiza de Linzola en la ladera S. E. a unos 1.800 mts. de altura. Por la noche el tiempo cambió radicalmente, el día siguiente era desastroso, pero dispuestos a apurar las posibilidades se pusieron en marcha. Entre la ventisca y un frío atroz llegaron a la cima de Petrechema, para comprobar que el estado de la Aguja era totalmente prohibitivo para soñar en su ascensión. Descendieron y pasaron la segunda noche en el cuartel de los amables carabineros de Zuriza, para regresar al día siguiente a Pamplona.

RUMBO A LAS NIEVES

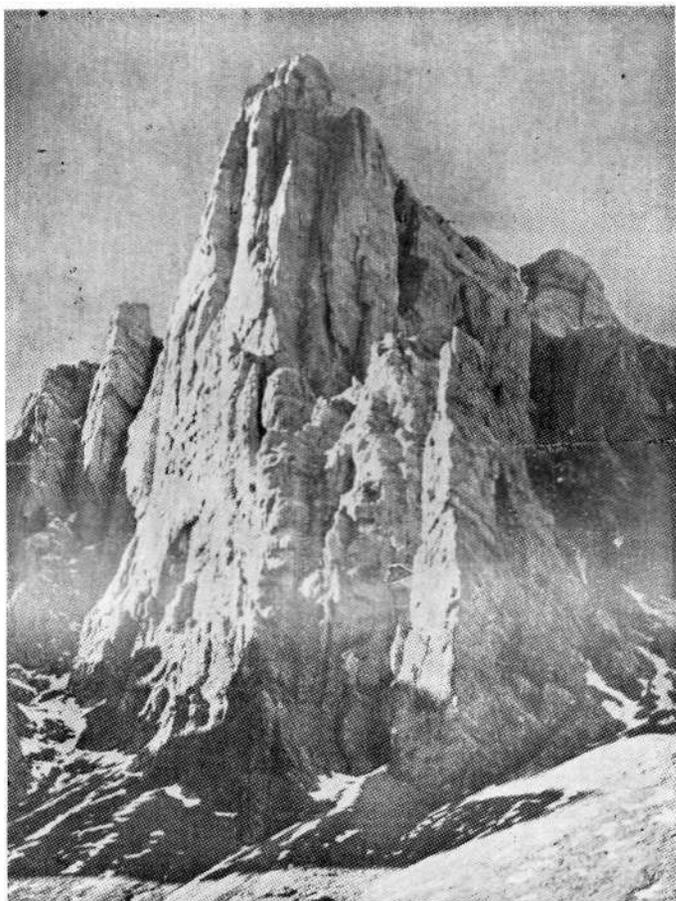
Animados por el suave y buen tiempo de todo el mes de enero, se puso de nuevo en actividad el mismo grupo de amigos, al cual me sumé para cooperar en todo lo posible. Partimos el sábado día 29 de enero al mediodía en dos coches. Tres kilómetros antes del final de la carretera forestal de Zuriza hubo que abandonarlos por culpa de un desprendimiento de tierra, seguimos pues a pie, al tiempo que la noche se iba adueñando del paisaje pirenaico. Está nublado, la temperatura es suave, pues sopla bochorno, unos cortos chaparrones quieren ennegrecer el futuro. Ayudándonos con linternas y pisando abundante nieve blanda alcanzamos la cabaña de los carabineros. Tras cenar nos acostamos de muy buen humor, pese a que la lluvia tamborilea a ratos sobre el zinc del tejado.

EL DIA DECISIVO

Antes de las cinco ya han partido mis compañeros a la luz de las linternas. Sin embargo yo no abandono el saco hasta después de las ocho y tras desayunar me pongo en marcha. Puedo comprobar que no llueve, mas un cerrado techo de nubes permanece sobre los 2.000 metros acompañado de fuerte aire. Sólo una hilera de pasos en la nieve me une a mis compañeros. Voy siguiéndola, preguntándome que estarán haciendo en aquellos momentos. Cuando llego al collado que da vista a Budoguía, la Mesa y Petrechema, el aire es más fuerte, la niebla me oculta todas las cumbres. Sigo andando entre la impresionante soledad de la Alta Montaña invernal. «Nieve, Viento y Soledad», podría ser el atrayente título de un relato sobre una excursión invernal en solitario. La vida abandona la montaña en invierno, los únicos vestigios que he podido ver son las huellas de los admirables sarrios y unas pajaritas de las nieves que pían tímidamente como temblorosas de romper el augusto silencio de las alturas.

Las huellas de mis compañeros atacan ahora el lomo de Petrechema, el aire se hace más violento, la temperatura más baja y la niebla me engulle.

¿Se habrán decidido a escalar con este tiempo? Debo de suponer que si, de lo contrario me los encontraría ya de regreso. La nieve está ahora tan helada



Aguja de Ansabere, cara N., vertiente de Lescun.

que me detengo a calzarme los crampones. Las ráfagas de ventisca me hacen tambalear sobre la estrecha cresta. Al final, de improvisto, cuando parece que no se va a llegar nunca, me encuentro en la cumbre de Petrechema.

Federico Vega ha terminado el primer largo de cuerda y establece la reunión sobre el hielo de la gran terraza, aquí es donde empieza el tramo más difícil de la vía.

MIEDO, FRIO Y ALEGRÍA

Si osco es el semblante de Ansabere en verano, ahora todo cubierto de hielo y de monstruosas cornisas es aterrador. Veo como mi hermano Pedro sube hasta la gran plataforma, es la parte más fácil, pero ahora cuesta mucho, con los crampones puestos progresa lento con la necesaria precaución. La mayor parte del rato la niebla y la ventisca nos los ocultan ante la desesperación de Torra-

badella que no puede filmar lo que quisiera. Además nos percatamos de que no habrá tiempo para que suba una segunda cordada. Saltamos y hasta bailamos la yenca para combatir el frío, incluso cavamos un hoyo buscando una vana protección contra la ventisca. Una vez reunida la cordada, se quitan los crampones y ataca Vega la corta pero difícil pared que le separa de los bloques. A veces le resbalan los pies en las presas cubiertas de hielo, entonces el corazón nos sube a la garganta. A la salida un nevero casi vertical y convertido en hielo que tiene que atravesar, le hace trabajar a fondo con el piolet. Lanzando gruesos bloques de hielo al abismo, logra situarse bajo los tres bloques empotrados, el paso más difícil de la vía. Estos los supera con ayuda de estribos y es que hoy no hay posibilidad humana de lograrlo de otra manera. La salida de los bloques y chimenea siguiente está toda cubierta de verglass, esto motiva que al primer intento sea rechazado de la roca que lo expulsa al vacío, quedando colgado de la última clavija de los bloques. No lo hemos podido ver debido a unas ráfagas de niebla y nieve, sólo un juramento y la explicación. Sin amilanarse vuelve al ataque y palmo a palmo le vemos progresar hacia la cumbre, hay un rato de visibilidad, pero preferimos no mirar, nuestra angustia crece. Ha terminado la chimenea y la dificultad pero no el peligro, en precaria postura debe colocarse otra vez los crampones. Por fin está ya en la cumbre, y luego, tras muchos esfuerzos también se le une su compañero Pedro. ¿Victoria? ¡No!

Hasta que no regresen sanos y salvos a donde nos hallamos nosotros no habrá concluido la aventura. En verano se descienden unos quince metros en diagonal por una plataforma inclinada hasta la fijación del rapel. Ahora no existe esa cornisa, toda la cumbre es un pináculo de hielo. Trabajosamente deben de bajar tallando sobre la pavorosa pendiente de hielo, que muere sobre el abismo vcaz. Ya han llegado y montado el rapel, ya descienden. Por fin los dos queridos compañeros están en el fondo de la brecha y ya asegurados por nosotros inician la subida a Pertrechema. Para poder salvar los últimos pasos y la colosal cornisa, se ha colocado una escala de veinte metros, fija a unos piolets anclados en la nieve. Remontan los últimos peldaños quemando el resto de las energías que les quedan, cayendo agotados a nuestros brazos. Ha sido una dura victoria, un gran triunfo y una primera excepcional dadas las malas condiciones de la roca y del tiempo.

La escalada y el regreso han costado siete horas de constantes esfuerzos, de tensión nerviosa, de frío, de miedo... pero todo ha concluido ya. Y la alegría nos embarga. Ahora nos está envolviendo la noche; y queda el cansancio, el hambre, el sueño, el frío... pero ya nada importa.